



PUREZA DE INTENCIÓN PARA EVITAR EL PURGATORIO

Madre María Eugenia, 29 de enero de 1888

Mis queridas hermanas,

Casi todos los años, por estas fechas, me veo obligado a ir a visitar las casas. Estos viajes no suelen ser muy largos. Pero creo que este será más largo. Todas ustedes saben que es por las necesidades de la Congregación que lo estoy emprendiendo. Por lo tanto, rezarán especialmente para que Dios lo bendiga, para que nos conceda las luces, las gracias y los dones celestiales con las bendiciones de la Santa Sede que voy a buscar, y para que todas las cosas se regulen según el espíritu de la Iglesia, y como será más útil para la Congregación. La ausencia es siempre algo doloroso. En este mundo nunca hay forma de estar en un lugar sin estar al mismo tiempo lejos de otro. Este es el dolor de la vida presente, mientras que, en la eternidad, todos estarán unidos en una sola mirada, y se encontrarán cerca de Dios, a pesar de las diferentes ocupaciones de los bienaventurados. Los bienaventurados cuidan de los que están en la tierra; la unión será siempre perfecta, no habrá más ausencia, ni separación.

Quiero llevaros por esta reflexión: a ver qué duro será, cuando llegemos al último momento de nuestra vida, haber preparado entre nuestra alma y nuestro Señor un tiempo de ausencia. Puesto que, ¿Qué es el purgatorio? Es un tiempo de purificación, pero es un tiempo de ausencia. ¿Por qué no estar en la hora de la muerte todas preparadas, todas amantes y fieles, para ir de inmediato a Dios y a todas las almas santas que te esperan? Debemos hacer a menudo esta reflexión. Si nos resulta doloroso estar separados en este mundo de las personas que amamos, ¿cómo será estar separados de Dios, aunque sea por poco tiempo, y con dolores de los que no tenemos ni idea?

¿Qué podemos hacer para evitarlo? Debemos santificar todas las acciones de la vida presente, y hacerlas con más fervor. Debemos volver a nuestros votos para cumplirlos más perfectamente, a la sumisión en la obediencia, al desprendimiento en la pobreza, a la pureza, a la mortificación en la castidad. Luego, a medida que surjan las acciones, hazlas lo más perfectamente posible.

San Vicente de Paúl solía decir: "¿Qué haría Jesucristo en esta acción?" ¿Cómo respondería, ¿cómo actuaría si estuviera en mi lugar? Podemos decirnos esto en todo momento, para todas las acciones e incluso en la oración. Nuestro Señor oró, y ¡qué admirable oración de adoración, sumisión, sacrificio, petición! La oración de Jesucristo es la fuente de nuestra oración, el modelo y la fuerza de nuestra oración. Oramos por nuestro Señor Jesucristo.

Una persona que hace las acciones de la vida ordinaria con esta intención, que busca siempre hacer lo mejor que puede, que no considera lo que es de sí mismo, pues es una gran desgracia considerarse a sí mismo, decirse: "Me duele" o: "No tengo consuelo"; siempre que se consideran las cosas desde ese lado, es seguro que se hacen imperfecciones, pero, repito, un alma que mira al lado de Dios para imitar a nuestro Señor, para glorificar a Dios, esa es segura que se convertirá en una religiosa tan perfecta como pueda serlo en su estado. Cada una de sus acciones se vuelve entonces santa, virtuosa, agradable a Dios y la hace capaz de poseer a Dios un día y de llegar en esta vida a la perfección de la caridad. Dios no nos pide nada más. El amor a Dios y al prójimo cubre todas las imperfecciones y repara todo lo que hay que reparar en nosotros.

No se alcanza inmediatamente la perfección de la caridad. Para hacer siempre lo que más agrada a Dios y lo que más imita a nuestro Señor, es necesario un esfuerzo constante. Así que os pido, ya que me veo obligado a ausentarme, que durante este tiempo hagáis todas muchos progresos. Puedes hacerlo, porque Dios te da su gracia. Te advierte y te llama sin cesar a subir más alto en su amor. Que pueda, a mi regreso, y será para mí una gran alegría, ver que cada una está más llena del espíritu de Dios: más humilde, si es orgullosa; más pobre o menos negligente, pues a menudo es por negligencia que se falta a la pobreza; apegada a nada o desprendida de todo; finalmente llena del amor de Dios y del prójimo, paciente, caritativa, regular, fiel, en una palabra, a todo lo que la Regla exige.

Recordaréis que la madre María Margarita nos habló de un predicador que no tenía necesidad, decía, de predicar a las hermanas sobre la caridad, ya que tenían un capítulo tan hermoso en la Regla sobre esta virtud. Llegó a la conclusión de que lo estaban practicando y que este hermoso capítulo había pasado realmente a la vida de cada una. Eso me gustaría. Si pudieras poner en tu vida todo lo que hay en la Regla de humildad, caridad, modestia y relaciones mutuas, todo lo que toca más especialmente a la vida interior y a la perfección, es seguro que no habría necesidad de predicarte estas cosas y que yo tampoco tendría nada que pedirte.

Sé regular, humilde y llena de amor por nuestro Señor. Haz todas las acciones por él, y en la medida de lo posible, a imitación de lo que te mostró durante su vida mortal.¹⁴

12. Viaje a Roma para la aprobación de las Constituciones.

13: "Impacto": palabra utilizada por la Madre María Eugenia.

14. El 31 de marzo de 1888, Sábado Santo, los Anales indican: "Capítulo sobre la adoración del Santísimo Sacramento, una verdadera guardia de honor". No se ha encontrado ninguna nota al respecto.